

LA HISTORIA Y EL MAGISTERIO

Julio VALDEON BARUQUE

Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid

La enseñanza de la historia ha ocupado un puesto destacado en todos los planes de estudio de la España contemporánea. Han cambiado los contenidos específicos de la asignatura de historia en los diversos niveles de la enseñanza. Han evolucionado asimismo los métodos didácticos. Pero el conocimiento histórico siempre ha estado presente tanto en la enseñanza primaria como en la secundaria de este país.

La historia entró en el ámbito de las disciplinas académicas en los albores del siglo XIX, de la mano de la burguesía triunfante del Antiguo Régimen. Pero simultáneamente el progreso de la historia era paralelo al auge del nacionalismo. La búsqueda de las raíces servía en unos casos para reivindicar la liberación de una opresión foránea (así los irlandeses o los húngaros), en otros para recrearse en la nostalgia de un pasado unitario que contrastaba con un presente de división (situación en la que se encontraba, por ejemplo Alemania), incluso para explicarse los motivos de su indiscutible superioridad política y económica (es lo que sucedía con Inglaterra y su Imperio). De ahí que las grandes escuelas históricas que se constituyeron en la pasada centuria tuvieron un carácter nacional, lo mismo en Francia que en Alemania o en Inglaterra.

Poco a poco la historia fue adquiriendo consistencia como disciplina universitaria. Ranke iniciaba los seminarios en Alemania, mientras Fustel de Coulanges cautivaba a sus oyentes con las disertaciones de su cátedra universitaria en Francia. Por su parte se ponía en marcha la publicación de grandes colecciones de fuentes, de las que la más memorable fue sin duda la de los "Monumenta Germaniae Historica".

Mientras esto acontecía en la docencia y la investigación universitarias, en los otros niveles de la enseñanza comenzaba a tomar cuerpo la historia como asignatura. Se trataba de transmitir a los jóvenes una serie de conocimientos mínimos que sirvieran para fomentar en ellos una conciencia nacional. La enseñanza de la historia era el instrumento más idóneo para sembrar en las mentes de los niños la semilla de un fruto que podemos denominar "la nación propia" o si se quiere

“la patria”. La idea nacional se proyectaba al pasado remoto. Se hablaba de la historia antigua de Francia, Alemania o España, como si en dicha época ya estuviera prefigurada la idea de esas futuras naciones. Por lo demás todo lo concerniente a la nación propia se mitificaba: las batallas ganadas eran gestas heroicas, los dirigentes personalidades excepcionales. Los foráneos eran la otra cara de la moneda. Tal era, en sus líneas generales, el panorama que ofrecía la enseñanza de la historia a los escolares, panorama que con ligeras excepciones, ha estado vigente hasta hace muy poco tiempo.

Ahora bien, las posibilidades que ofrecía la enseñanza de la historia no se agotaban, ni mucho menos, con su instrumentalización al servicio de la idea nacionalista. La historia podía servir para despertar una conciencia social. Desde la perspectiva de los movimientos progresistas y revolucionarios se consideraba el estudio del pasado como una poderosa herramienta crítica. Un buen ejemplo de esta orientación nos lo ofrece el que fuera profesor de historia de la Escuela Normal de Palencia D. Daniel G. Linacero, cuya vida, al servicio de ideales nobles, fue segada en los furiosos del año 1936. En su obra “Mi primer libro de historia”, publicada en 1933, después de criticar la enseñanza de la historia al uso, plagada de batallas y de intrigas palaciegas, propugnaba extraer “del evolucionar histórico aquellos sucesos de orden material y espiritual que de una manera indudable han contribuido a formar este mundo que nos rodea, sin olvidar que la historia no la han hecho los personajes, sino el pueblo todo y principalmente el pueblo trabajador, humilde y sufrido, que, solidario y altruista, ha ido empujando la vida hacia horizontes más nobles, más justos, más humanos”. La concepción de la historia que defendía el profesor Linacero pretendía, lo diremos con las palabras de Josep Fontana, “formar hombres que pensasen por su cuenta, que fuesen capaces de colaborar con otros para los objetivos fundamentales del bienestar común”.

Estas sugestivas e interesantes ideas, espigadas de la obra de Linacero, nos pueden servir de frontispicio de este breve trabajo, en el que pretendemos poner de manifiesto la importancia que tiene la enseñanza de la historia y del papel que en ello corresponde a los profesores de Educación General Básica. Al fin y al cabo la única enseñanza obligatoria a la que acceden todos los españoles corre a cargo de estos docentes.

¿Es necesaria la enseñanza de la historia?. Sin duda esta es la primera pregunta que hay que hacerse. La respuesta es, a nuestro entender, rotunda. Es necesaria la enseñanza de la historia sencillamente porque es necesaria la historia. El ser humano, cuyo rasgo definitorio por excelencia es su carácter histórico, su condición de eslabón de una cadena que viene de atrás y que se encamina hacia el futuro, no puede prescindir de la historia si no quiere ver borrada su propia personalidad. Tanto el hombre, a título

individual, como los pueblos, desde un punto de vista de colectividad, se preguntan por sus raíces, pretender conocer cual es su posición específica en ese largo proceso del discurrir histórico, intentan, en definitiva, escudriñar su pasado para mejor entender su presente. Y es que entre el pasado y el futuro hay una mutua interconexión, una compleja relación dialéctica. De ahí que preservar la memoria de su historia haya sido una constante de todas las colectividades humanas. La historia, al fin y al cabo, es, en cierta manera, el territorio del hombre.

La idea de la historia como “maestra de la vida” remonta a tiempos clásicos. Alfonso X El Sabio, al preguntarse por el sentido que podía tener conocer la historia para los seres humanos, afirmaba lo siguiente: “porque de los hechos de los buenos tomasen los hombres ejemplo para hacer bien y de los hechos de los malos... recibiesen castigo por se saber guardar de lo no hacer”. Así pues la historia, en opinión del monarca castellano-leonés del siglo XIII, servía de ejemplo, en lo positivo, y de aviso, en lo negativo. Hablando de la guerra civil española que estalló en 1936, decía recientemente Gabriel Cardona que su estudio es necesario aunque sólo sea para que los españoles no repitan nuevamente semejante catástrofe. La historia “magistra vitae” sigue teniendo vigencia. Pero aunque esa faceta fuera ineficaz (recordando el proverbio de que el hombre es el único animal capaz de tropezar dos veces con la misma piedra), el estudio de la historia no quedaría por ello debilitado. Antes al contrario las tareas que le incumben a la historia son fundamentales para toda la sociedad. La historia satisface el deseo humano de conocerse a sí mismo, contribuye al descubrimiento de las regularidades en la vida social, pero sobre todo desempeña un papel transcendental desde el punto de vista educativo. “La educación histórica, dice Topolsky, es una de las bases principales para configurar la conciencia ideológica y política de una sociedad”.

Ahora bien, una vez afirmado el principio de la necesidad del conocimiento histórico para el hombre, surgen dos nuevas preguntas, ¿qué historia enseñar? y ¿cómo transmitirla?. Los contenidos de la disciplina por una parte y los medios didácticos por otra, son las cuestiones que se plantean en esos interrogantes.

Al conjuro mágico del vocablo historia acuden contenidos no sólo muy diversos, sino incluso contradictorios entre sí. La conocida afirmación de que toda clase de historia es un panfleto, de derechas o de izquierdas, al margen de su discutible veracidad, encierra la idea de que la historia puede servir tanto a los señores como a los esclavos. La historia que se enseñó en España a partir de 1939 servía los propósitos del nacional-catolicismo imperante. En la lucha por la recuperación de la democracia en España no puede olvidarse el papel jugado por numerosos profesores de historia que entendieron que la enseñanza de su disciplina era un arma de combate por la racionalidad y la libertad.

De hecho en la elaboración de la historia se dan cita por una parte todos aquellos elementos de carácter científico de que dispone la investigación y por otra un inevitable tanto por ciento de subjetividad que aporta el investigador (según sean su concepción del mundo, su nacionalidad, la clase social a la que pertenece, etc.). Otro tanto puede decirse acerca de la transmisión del conocimiento histórico por parte de los docentes de esa disciplina. De esta idea se deduce que la búsqueda de una "historia objetiva" sin más tiene mucho de pretensión utópica. Ciertamente la construcción de la historia requiere métodos científicos. La Diplomática en su día y las diversas ciencias sociales en la actualidad han aportado métodos de análisis de carácter científico. Pero en última instancia la interpretación del pasado siempre está en función de la teoría global de la sociedad que, consciente o inconscientemente, posee el historiador. Ni siquiera la historia que se limita a un simple relato de acontecimientos cumple con los supuestos de la objetividad absoluta, pues siempre cabe preguntarse ¿qué acontecimientos se han seleccionado? y ¿cómo se relacionan unos con otros?.

Sentadas estas bases cabe preguntarse por el tipo de historia que se propugna como disciplina fundamental en la formación de los profesores de Educación General Básica. Digamos que aquella que pretende, utilizando métodos científicos y tendiendo a ofrecer una visión integradora, analizar la evolución en el tiempo de las sociedades humanas. Obsérvese que se habla de "sociedades", no sólo para dar primacía a lo colectivo sobre lo individual, sino también por emplear un término que juzgamos más amplio y a la vez más explícito que otros como "cultura" o "civilización". Al fin y al cabo "la historia es toda ella social por definición", señaló certeramente en su día L'Fèbre. Por lo demás se pone el acento en el carácter integrador de la historia. Como ha dicho Fontana la tarea de la historia es "reconstruir la imagen global de la sociedad". Más aún, Topolsky afirma que a la historia le corresponde un importante papel "en la construcción integral de las ciencias sociales". Frente al carácter parcial de las distintas ciencias sociales, amén de su preocupación casi exclusiva por la contemporaneidad, la historia busca el cuadro general, en el que los acontecimientos, que no deben faltar, estén iluminados por las visiones sintéticas de los distintos niveles en que se desenvuelve la acción humana, desde la base material de la sociedad hasta el terreno de las ideas y de los comportamientos colectivos. A la hora de la especialización, por supuesto, hay historia económica, historia del derecho o historia de las mentalidades. Pero en el ámbito de la docencia en una Escuela Universitaria de Magisterio debe primar el carácter unitario, la denominada "historia total".

* Problema de distinta índole es el de la selección de los contenidos concretos que deben conformar las asignaturas de historia que figuren en los planes de estudio. ¿Historia Universal o de España? ¿Qué papel hay que reservar a lo regional y a lo local?. Dar respuestas categóricas a estos interrogantes no tendría ningún sentido. Es posible, sin embargo, hacer algunas observaciones. Por más que el interés humano se proyecte hacia lo universal no cabe duda de que hay unos centros de interés prioritarios. Para quien estudie historia en España, el horizonte fundamental del pasado, cuyo conocimiento necesitamos para conocernos a nosotros mismos, tiene unos límites, variables según el tiempo, pero indiscutibles. Será en un momento el Imperio Romano, en otro el Occidente de Europa. Habrá que poner el acento en el análisis de aquellos territorios en los que se daban elementos de afinidad (la Europa feudal, el mundo cristiano, en otro sentido el mundo islámico, etc.). Pero no hay que perder de vista asimismo el horizonte que sin el menor empacho, debemos denominar nacional, en el sentido de la nación española. El papel de la historia en el desarrollo de la conciencia nacional es de sobra conocido. Pues bien, sin incurrir en aberraciones nacionalistas de ningún tipo, y sin olvidar que eso que llamamos España es, no lo olvidemos, una construcción histórica, y de ninguna manera “una unidad de destino en lo universal”, si queremos ser mínimamente fieles a lo que la Constitución Española denomina la “patria común e indivisible de todos los españoles” será preciso estudiar la historia de España. ¿Y la historia regional?. Este horizonte es también imprescindible, y no sólo por el hecho del estado de las Autonomías. No hay incompatibilidad entre la dimensión universal (o al menos europea), la nacional y la regional. Todo es cuestión de gradación. Son tres niveles de atención simplemente. Quizá en nuestros días la historia regional ocupe un papel muy destacado en la historia que se enseña a nivel universitario. Lo fundamental es que nunca se pierde de vista el ámbito de lo nacional, ni por supuesto el más general de carácter universal, cuyos rasgos básicos es necesario conocer para que los elementos de los otros niveles resulten comprensibles. Por último ¿qué decir de lo local?. Sinceramente lo local, a nuestro entender se sitúa en otra perspectiva, la propia de la didáctica. ¿Es necesario partir de lo inmediato?. ¿Es oportuno aprovechar los elementos del entorno para a través de ellos iniciarse en el conocimiento de la historia?. ¿Son los archivos locales campos de experimentación para el inicio de la investigación histórica?. Probablemente sí. Pero nuestro propósito se sitúa en el terreno de los contenidos de las disciplinas históricas, no en el de los métodos más adecuados para el desarrollo de la labor docente.

En lo que se refiere a la temporalidad creemos necesario llamar la atención sobre un aspecto que nos preocupa, el dominio aplastante de la historia contemporánea. Los argumentos son bien conocidos. ¿Para qué perder el tiempo en cuestiones periclitadas cuando se ignoran las realidades del mundo presente?. Puestos a elegir entre las guerras de los humanos ¿no es más importante para un español de nuestros días estudiar la guerra civil de 1936 a 1939 que, por ejemplo, la guerra de los Treinta Años?. Así planteada la cuestión la respuesta resulta obvia. Ahora bien, la insistencia en lo inmediato y el aligeramiento de lo pasado no debe suponer, de ninguna manera, el olvido del ayer, pues ello significaría sin más la muerte de la historia. Si desligamos al mundo contemporáneo de la cadena de la que forma parte perderíamos el sentido de lo histórico. Hay que insistir en que el mundo que nos ha tocado vivir es solo un etapa de un largo proceso, y que no es el final de la historia. Es más estamos convencidos que suprimir la historia anterior al siglo XIX tiene un sentido claramente reaccionario, pues al olvidar las distintas etapas por las que ha pasado la humanidad se adormece la idea misma del cambio posible, de la continuidad en la lucha por la transformación del mundo y por la conquista de la libertad y la igualdad.

No tengo la menor competencia para entrar en el problema de cómo enseñar la historia. Las posibilidades que hoy se ofrecen al educador son amplísimas y una buena utilización de las mismas puede dar óptimos rendimientos. No obstante se observa en ocasiones un cierto desprecio por los contenidos. ¿Es conveniente presentar estos contenidos con envoltorios apetitosos?. Excelente idea. Pero que los métodos de enseñanza, por favor, no adulteren lo que se pretende transmitir en la clase de historia. Y una última observación. La historia tiene una personalidad propia que no hay que desfigurar. "Ciencia de las ciencias del hombre", en opinión de F. Braudel, la historia se enseña en todos los países de nuestro entorno cultural. Ligada tradicionalmente a la geografía en la docencia primaria y media, la historia no se confunde con las ciencias sociales, por más que haya recibido de éstas importantes préstamos. La historia considerada desde una perspectiva crítica y progresista, debe servir al hombre, tomaremos una vez más prestada la palabra de Fontana, de "arma para sus combates de hoy y herramienta para la construcción de su futuro".